

JAVIER PUEBLA

El sabor del último beso

Alfonso de Portago, el marqués sin miedo

la esfera  de los libros

Advertencia preliminar

Esta novela está inspirada libremente tanto en lugares reales como en personas reales, pero es una creación del autor, y, por lo tanto, no debe inducir en ningún caso a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

Las Mil Millas

—Hay que cambiar esa rueda, marqués. Está muy gastada y podría reventar. Es peligroso.

—No te preocupes, aguantará. Siempre aguantan.

Familia

—**V**amos, ¡no seas nenaza!
El niño llora, porque tiene miedo y tiene frío; tiene mucho frío. Y porque es un niño, solo un niño, pero su padre insiste, le empuja, tira de él, le arrastra hasta el borde del muelle que golpean las olas oscuras y altas.

—He dicho que saltes, Alfonso. Obedece. ¡Vamos!

Se encoge el niño y se abraza a sí mismo. No quiere hacerlo. Se vuelve hacia su padre, la boca hecha un puchero, el rostro desdibujado por las lágrimas.

—No quiero.

—O saltas ahora mismo o te tiro yo al agua.

Pero el niño no salta, se queda quieto, con los pies engarfiados sobre el borde de madera del muelle.

—Está bien, si tengo que obligarte, te obligaré.

Y le atenaza un hombro con su mano derecha, fuerte como una zarpa. Es entonces cuando el niño se rebela, se quita la mano de encima, mira a su padre lleno de dolor y rabia, y sin dejar de llorar, dispuesto a morir si es necesario, salta.

Salta al agua helada del Atlántico, porque es el Atlántico y es primavera; aún faltan más de dos meses para que comience el verano.

Salta, y, para no ahogarse, nada. Nada primero con torpeza, está aterido, pero luego con furia, y hasta con odio. Nada todo lo rápido que es capaz, pero ni siquiera nadando a la máxima velocidad consigue salvarse de la horrible sensación de frío. Brazada tras brazada, convencido de que se va a ahogar y a morir de frío antes de llegar a la orilla. Pero ni se ahoga ni se muere: llega a la orilla. Y allí está su padre, esperándole. Sin una toalla en las manos siquiera, con los brazos abiertos de par en par y el pecho desnudo. Lo abraza contra él, muy fuerte. Le remueve el pelo negro y le besa en la cabeza.

—Muy bien, Fon, hijo mío. Estoy orgulloso de ti. Has sido capaz de nadar y de aguantar el frío. Ya eres como yo: un hombre, un hombre de verdad. Un valiente.

Linda

Los americanos siempre dan unas propinas enormes, pero, al chico que acaba de dejar las maletas en la habitación, el dinero en este momento no le preocupa. Sabe que la huésped es una modelo famosa, una actriz que estuvo casada con un famosísimo actor americano, un tipo que —según le ha contado uno de los recepcionistas— no podía soportar que la mirasen tanto, que la deseasen tanto y acabó buscándose otra menos guapa. De momento ni siquiera le ha mirado, apenas es consciente de que alguien uniformado está en su cuarto. El chico carraspea y ella, todavía sin mirarlo, comienza a buscar automáticamente en el bolso la carterita de piel que le regaló Errol, el señor Flynn, el hombre que la descubrió cuando apenas tenía dieciséis años y se la llevó con él de México a Hollywood. Hasta que le conoció, su gran aspiración en la vida era convertirse en doctora, en médico, y tendrá muchas veces a lo largo de su vida ocasión de arrepentirse de no haber seguido su primera vocación, porque no es fácil, a pesar del dinero y la fama, vivir con una cara que se reco-

noce en todas partes. No, no es fácil ni siempre agradable ser una actriz famosa.

Desde entonces le han regalado muchas carteritas, y también ha comprado ella unas cuantas, pero la única que utiliza, y especialmente cuando está fuera de su país, es la que le regaló el señor Flynn, porque es la única que le ha traído siempre buena suerte.

La suerte es algo muy importante. La suerte, sea buena o sea mala, siempre es importante. La mala suerte te puede hasta matar, la buena te puede conceder el mejor sitio en el Olimpo de los mortales que se sueñan dioses sin que siquiera importe el talento o que se tengan más o menos méritos.

La suerte.

Saca un billete de la gastada y suavísima carterita de piel negra, con una franja originalmente roja y ahora descolorida. No se preocupa en mirar el número impreso en el billete de color verde con la pirámide y el dibujo del busto de un gran hombre. ¿Qué más le da que sea un billete de uno o de veinte? Tampoco el botones mira el número, luego lo hará y saltará de alegría y estupefacción, y se lo enseñará a todo el mundo. Pero ahora solo tiene ojos para la señora. Es más que guapa: preciosa. Un milagro hecho realidad. Tan bonita que le cuesta respirar delante de ella, y empieza a tener una leve sensación de mareo. Es un regalo poder mirarla: los ojos zarcos, clarísimos, resaltados por las líneas negras del maquillaje, y el pelo rubio y sedoso, imposiblemente brillante. Se quedaría sin comer una semana con tal de poder rozarle el pelo un segundo...

—¿Qué miras?

El chico, casi un niño todavía, no es capaz de responder, solo baja los ojos hacia el suelo y nota cómo se le enrojece la cara. Niega con la cabeza. Pero lo que el chico pueda hacer o decir da

exactamente lo mismo, aunque realizara un volatín prodigioso y diese tres saltos mortales en el aire no conseguiría llamar la atención de la bella y elegante señora, que se halla abismada en sus propios pensamientos: por fin está de vuelta en Roma, la ciudad que más le gusta del mundo. El mismísimo papa Pío XII la había recibido en audiencia privada cuando se casó allí con Tyrone Power. Lástima que fuese un hombre tan celoso; una mujer libre y dueña de su destino, que paga siempre con su propio dinero, no podía soportar a su lado a alguien así, que hasta le ponía detectives para que la vigilaran... y luego los despedía, e incluso ordenaba a otros que les dieran una paliza, porque tampoco se fiaba de ellos, de que no se hubieran aprovechado de la excesiva proximidad con su esposa.

No le guardaba ningún rencor, al cabo era el padre de sus hijos y jamás roñoseaba con el dinero de la pensión.

—¿Aún estás aquí?

Por supuesto que sigue ahí. ¿En qué otro lugar del mundo podría estar mejor? Ha vuelto a levantar la cabeza y la sigue mirando, embobado. No se le ocurre pensar que si la señora presenta una queja quizá le despidan. No piensa en nada. Hasta ha desaparecido el rubor de las mejillas. Está completamente hechizado, contagiado de la magia que desprende el rostro bellísimo. Mataría a cualquiera si ella se lo pidiese.

—¿No te parece suficiente...?

Entonces se ríe. La persona más bella que ha visto en toda su vida, y ya jamás verá a nadie igual, se ríe. Se ríe y le mira a los ojos con los suyos como trocitos de cielo brillantes.

—¿Quieres un autógrafo? Es eso, ¿verdad?

¿Un autógrafo?

—A ver dónde he dejado las fotos... Tienen que estar en la valija de cuero blanco —habla consigo misma mientras se

acerca a la montañita de maletas, elige una que pone encima de las demás, la abre, y con dedos largos y hábiles extrae un abultado sobre color manila del que saca una foto. Una foto suya; en blanco y negro, porque las fotos de color ya existían, pero se utilizaban únicamente para cosas especiales.

—¿Cómo te llamas, chico?

El chaval apenas es capaz de balbucear su propio nombre, pero al parecer ella lo ha entendido porque está escribiendo algo sobre la foto: «*To Nino with love*».

Y, a continuación, dibuja su firma, de letra redonda y fácil de leer, sin una sola línea recta que subraye nada, excepto la breve que cruza la «t» de su apellido.

Y también la fecha: 4 de mayo de 1957.

Luego le da la vuelta a la foto y besa el envés blanco de la imagen con sus labios rojos, dejándolos estampados en la cartulina, y alarga el brazo, entregándole el mayor tesoro que tendrá Nino en toda su vida; lo conservará hasta el último de sus días y se lo enseñará a todo el mundo, a todas las personas que vaya conociendo y piense que se merecen verlo.

—Toma, ya tienes una foto mía firmada —subraya ella, guiñándole un ojo y el movimiento del párpado es como el inicio de un huracán, y tiene la sensación de que no va a poder llegar a cogerla, le tiembla la mano violentamente cuando sus dedos atrapan la cartulina. Lee el nombre que ya no olvidará nunca y que está escrito en el recuadro situado en la esquina inferior derecha: Linda.

Linda Christian, la actriz que cuando viaja a Roma se aloja siempre en el Excelsior, y también siempre en la misma suite, la de los balcones sobre la vía Veneto. Quizá ya en ese momento puede imaginar que algún día a esa misma *suite* le pondrán su nombre, pero, por supuesto, aún no lo sabe, aunque quizá sí

sueña o imagina, que su hija, a la que bautizó Romina como un homenaje a la ciudad, algún día se convertirá en una cantante mundialmente famosa; incluso más famosa de lo que es ella ahora. Y mucho menos sabe, y ni siquiera puede imaginar, que su hija, a su vez, tendrá una hija, a la que bautizará Ylenia, que desaparecerá del mundo y para siempre en la ciudad de Nueva Orleans con solo veintidós años.

Por fortuna para Linda Christian, nadie puede conocer el futuro, pero mientras se está en el presente hay que hacer cuanto esté en nuestra mano por intentar domarlo, y ayudar a la fortuna en la difícil tarea de esquivar la tragedia y el mal fario.

Y esa es la razón por la que está en Roma en el mes de mayo de 1957, para evitar que su amante caiga en los brazos de la mala suerte. Y hará cuanto se le ocurra y pueda para evitarlo.

—¿Pero aún estás aquí, *boy*?

El pequeño Nino vuelve a la realidad, gira sobre sus talones y sale de la *suite* ahogándose, escopetado, a punto de chocarse contra todas las paredes que le salen al paso en el camino, corriendo como alma de niño enamorado.

Fon

«**L**a vida hay que vivirla intensamente. Es mejor vivir treinta años al máximo, que morir a los sesenta después de haber vivido a medio gas».

MARQUÉS DE PORTAGO

1951

Eddy Nelson

Nada tiene que envidiar el hotel Plaza de Nueva York al Excelsior de Roma. Quizá sea un poco menos señorial, pero, sin duda, tiene un aire más moderno. Allí hay también botones que se cuelan en los cuartos para subir el equipaje de un huésped, la cena o la comida que han pedido, o para limpiar los baños, quitar el polvo, mudar las sábanas y hacer la cama; en realidad, para cualquier cosa que el huésped quiera y se le ocurra existe un empleado dispuesto a complacerlo. Aunque también puede suceder que la presencia de un empleado en el interior de una habitación no tenga ninguna intención servil, sino oscura.

—¿Qué haces en mi cuarto?

—Buenas tardes, señor.

—Te estoy preguntando, responde. ¿Qué haces en mi cuarto?

—Me ha enviado el gerente para que revisase las cañerías. La pareja que ocupa el cuarto de abajo ha dicho que había goteiras en su habitación.

—Las cañerías están en el cuarto de baño. No al lado del armario.

—Disculpe, señor, ya me iba.

—No, tú no te vas a ningún sitio.

—Señor, tengo prisa.

—Muy bien, estate quieto donde estás, que vamos a llamar a recepción para aclarar esto.

—Aún tengo muchas cosas que hacer, señor. Hable usted con recepción, si le parece oportuno, pero yo no puedo quedarme aquí.

El hombre vestido de uniforme es rápido de reflejos y se planta junto a la puerta en apenas dos pasos. Pero el inquilino del cuarto es aún más rápido. No en vano ha sido campeón *amateur* de equitación de Francia dos años seguidos. Salta ante el botones y le cierra el paso.

—Vacíate los bolsillos —ordena.

—Le aseguro señor que esto no es necesario.

—Yo decido lo que es necesario y lo que no.

El legítimo ocupante del cuarto está realmente cabreado y siente enormes ganas de noquear al hombre que tiene enfrente. El Plaza es su residencia habitual cuando viaja a Nueva York en solitario. Los rumores ya sonaban entre los huéspedes antes de su llegada, y enseguida habían llegado también hasta sus oídos: un ratero estaba entrando en las habitaciones y arramplando con cualquier cosa de valor que encontrara: joyas, relojes, dinero... e incluso pasaportes, según un diplomático holandés que había denunciado la desaparición del de su esposa y el suyo.

Ha cogido al fisgón por la pechera y lo empuja hacia el interior del cuarto.

—Me vas a enseñar lo que llevas en los bolsillos. Por las buenas. O te obligaré a hacerlo.

Y cierra el puño libre, el derecho, con gesto amenazador inequívoco, a lo que corresponde el empleado del hotel subiendo los suyos y armando la guardia para cubrirse, al tiempo que da un salto hacia atrás para escapar de la garra que le sujeta por la chaqueta. Es evidente, por el modo en el que pone los brazos, que algo de boxeo sabe. Ambos se miran, evaluando la situación. Para ninguno iba a ser la primera pelea de su vida. Y a los dos les gusta pelear. Se nota que les gusta. Que les gusta muchísimo. Que son de los que luego en el club o en el bar cuentan cómo quebraron una mandíbula o se les rompieron los dedos de la mano tras un puñetazo brutal. Comienzan a estudiarse, a moverse circularmente sin dejar de vigilarse, como púgiles profesionales; no lo son, pero tampoco están tan lejos.

—Enséñame lo que llevas en los bolsillos —insiste el airado huésped que ha cazado al hurón en su propio cuarto.

—No pienso hacerlo.

Cuando no bastan las palabras hay que pasar a la acción.

—Tú lo has querido. —Y dispara un primer puñetazo que se pierde en el vacío, pero antes de que el inquilino del cuarto lance un segundo golpe, el rostro de su rival se relaja al tiempo que suelta una carcajada.

Es una carcajada fantástica, es evidente que el falso botones está divertidísimo, disfrutando de la situación plena e intensamente. A la carcajada, algo demente y salvaje, sigue una sonrisa enorme. De hombre que se acepta sin ambages y es dueño de sí mismo. Una sonrisa que desarma y desconcierta.

—Tendría que haberme dejado alcanzar en el mentón para así poderle contar a mis nietos que me había noqueado mientras trabajaba todo un aristócrata europeo. ¿Y si bajamos las manos e intentamos llegar a algún tipo de acuerdo?

—Yo no hago tratos con ladrones.

—¿Yo un ladrón? No, hombre, qué poca imaginación. ¿Porque estoy en tu cuarto hay que pensar que soy un ratero? No es el caso. Soy el detective del hotel y me he puesto un uniforme de empleado para pasar desapercibido, pues estoy tras la pista de un rufián que hasta les roba los pasaportes a nuestros huéspedes.

—A otro perro con ese hueso, malandrín. El ladrón eres tú.

Y los puños vuelven a subir, desafiantes, con ganas de salir disparados contra la mandíbula del tipo caradura que tiene enfrente; caradura, pero simpático, porque sin que pueda hacer nada para evitarlo está empezando a caerle bien. Es un tipo interesante. O al menos no es aburrido, que es lo peor que se puede ser en este mundo, lo que más detesta y menos soporta en el prójimo: que sea aburrido.

—Claro que no lo soy. Precisamente venía tras el manguete y le he visto entrar en este cuarto, pero se me ha escapado y no he logrado verle la cara. Un tipo de metro setenta, unos treinta o treinta y cinco años, delgado y con el pelo liso color castaño peinado con fijador, pero, por suerte, he conseguido recuperar lo que pretendía llevarse —concluye sacando del bolsillo interior de su chaqueta un fajo de billetes—. Quizá pueda usted reconocer la goma roja que sujeta los billetes, está trenzada de un modo poco habitual, diferente a las que se utilizan en los bancos americanos.

—Claro que la reconozco —miente su interlocutor, pasmado por el descaro absoluto del tipo que tiene enfrente, que se ha descrito a sí mismo como si todo fuera un chiste, una obra de teatro en la que ambos se estuvieran esforzando en hacer lo mejor posible su papel para ganarse el aplauso del público—. Y supongo que ese ratero que has estado a punto de atrapar y que

tiene unas características físicas exactas a las tuyas también iba vestido con el uniforme del hotel.

—Pues sí.

—Está bien. Estoy dispuesto a creerte y no comunicar lo sucedido al director, si me devuelves el dinero ahora mismo.

—Claro, pero la verdad es que yo había pensado que quizá podríamos gastárnoslo juntos. La vida siempre es más divertida espalda contra espalda, teniendo un compañero que te proteja y apoye. Conozco como nadie los mejores antros de Nueva York, donde van las damas más bellas e interesantes, mujeres libres que jamás se dignarían a dar ningún tipo de explicación a un hombre.

—¿Y la juega la pagaríamos con mi dinero?

Ya están los dos jugando a lo mismo, ahora el ladrón podría preguntarle a su supuesta víctima la cantidad exacta de dólares que abraza la goma roja, pero no va a hacerlo, porque sería demasiado fácil. Y también porque ya tiene al pez con la boca abierta y a punto de cerrarla sobre el anzuelo.

—Podemos pagar con este dinero, o con algún otro fajo, si tenemos la fortuna de lograr encontrarlo. —Levanta la mano izquierda y consulta el Rolex, nada raro sería que también fuera robado, que lleva en la muñeca—. En la planta de abajo están alojados unos paletos de Chicago que han comprado entradas para la ópera, seguro que tienen en algún sitio, entre las bragas de la señora o las camisas del caballero, alguna cantidad en efectivo. Aún tenemos como mínimo media hora de margen. ¿Te gustaría venir conmigo a echar un vistazo?

—Antes dame mi dinero.

—¿Eso es un sí?

—Claro que no. Habría que estar loco para entrar en el cuarto de otra persona.

—También hay que estar un poco loco para mentirle a un ladrón e intentar robarle lo que él ha conseguido con su trabajo. No creo que seamos tan distintos. Toma, aquí tienes tu dinero. Quizá antes no era tuyo, pero es evidente que ahora sí que lo es, porque has sabido ganártelo. Toma.

El pez ya ha cerrado la boca. No podrá nunca librarse ya del anzuelo que acaba de atraparle. Aunque también es posible que jamás tenga ningún deseo ni necesidad de hacerlo.

—Debería denunciarte a la policía.

—Sería de lo más molesto. Pero me cuesta creer que caigas en semejante tipo de bajezas. He oído que eres un tipo valiente, amante de las aventuras. Como dicen que fue tu padre, que hasta hundió un submarino él solo. Me llamo Eddy, Edmund Gurner Nelson, aunque mis amigos me llaman Gunner. Encantado.

¿Por qué no? Nunca le había sucedido algo parecido, ni había oído hablar a nadie de ninguna situación semejante. Mira la mano extendida ante él, y ya sonriendo, con el fajo de dinero en su propio bolsillo, alarga la suya y la estrecha.

—Yo soy...

—Sé perfectamente quién eres, pero te ruego me corrijas si se me olvida algún nombre. Te llamas Alfonso Antonio Vicente Eduardo Ángel Blas Francisco de Borja Cabeza de Vaca y Leighton, XI marqués de Portago con grandeza de España. Quizá te hayas hecho una primera idea equivocada acerca de mí, pero te aseguro que no soy de los que se meten en el cuarto de cualquiera.

Y así fue como se conocieron Eddy —Gunner— Nelson y el mítico Fon, marqués de Portago. Siempre socios y siempre amigos. Hasta el día de su muerte. Hasta el último momento, que para ambos fue, desgraciada o quizá afortunadamente, el mismo.

1957

Fon

«**C**ompetiendo en carreras de coches, uno sabe que vive el presente; el instante siguiente puede haber muerto».

MARQUÉS DE PORTAGO

Las Mil Millas

— **iii** El mayor espectáculo del mundo!!!
Eso era la carrera de las Mil Millas, las Mille Miglia: el mayor espectáculo del mundo. Y así lo voceaban por todas partes, con la ayuda de megáfonos o a pulmón limpio, en la piazza della Vittoria de Brescia y todas sus calles adyacentes. Porque Brescia, y mucho antes de que comenzase la carrera más famosa del mundo, era ya una algarabía constante, una fiesta continua. Nadie quería perder la oportunidad de echar al menos un vistazo rápido al gigantesco cartel donde estaba impresa la palabra «SALIDA» en la avenida de Venecia.

—Hágase usted una foto en el viale Venezia, el lugar desde donde van a partir los héroes de nuestra época, los modernos inmortales. Una imagen junto a la línea de salida será un recuerdo que le durará toda la vida.

Aún faltaban muchas horas, casi un día entero, para que las llaves girasen en el bombín del contacto y arrancasen los motores, comenzase a subir y bajar la bandera a cuadros y los va-

lientes pilotos empezasen a rodar a la máxima velocidad de la que fueran capaces para cubrir los mil quinientos noventa y siete kilómetros de carreteras ordinarias con máquinas infernales que parecían ser de otro mundo. Faltaban aún muchas horas, sí, pero la ciudad ya era un tumulto y una feria. Música, hombres, mujeres, niños, ancianos, animales, guirnaldas, tómbolas, tenderetes con toda suerte de objetos, adivinos y magos, apostadores, puestos de comidas y bebidas...

—¡Los helados más ricos que haya probado nadie jamás!

—¡*Pizza, pizza...*!

—Cómprele un globo al niño, señora.

—Pruebe su suerte disparando a los patos, joven.

—¿Quién cree usted que va a ganar la carrera? Apueste por su piloto favorito.

«¿Mi piloto favorito?». Cuando le preguntaban a los italianos por su piloto favorito, a todos se les encogía el corazón, porque todos habrían querido decir el nombre de Castellotti, el gran Eugenio Castellotti, que en la edición anterior y a lomos de su magnífica bestia mecánica —la Ferrari 860 Monza capaz de devorar kilómetros como si fueran metros— había acabado el primero conduciendo de modo magistral y arriesgadísimo bajo un temporal de lluvia inenarrable por lo intenso y despiadado: había que adivinar dónde estaba la carretera, pues en muchísimos momentos era imposible verlo, saberlo. Pero Castellotti ni siquiera redujo el ritmo. Castellotti, el gran Castellotti, el elegido por los dioses, el ídolo de Italia, el piloto más popular del mundo, ese mundo que era efímero y que ya nunca sería el mismo después de 1956. Hasta después de muerto seguirían cantando, aplaudiendo y dedicando películas al irrepitible Eugenio Castellotti.

Hasta después de muerto..., sí. Podían seguir cantándole, deshaciéndose en miles de alabanzas, narrando sus hazañas, pe-

ro ya nadie podía apostar por él en la nueva edición de las Mille Miglia, la de 1957, porque, unos meses antes —era marzo y no había lluvia, el cielo estaba despejado y ni siquiera el viento soplabla fuerte—, durante un test privado para Ferrari en el autódromo de Módena, el maestro, el malabarista, el divino Eugenio, perdió el control de su monoplaça a ciento treinta y siete kilómetros por hora. Voló el bólido, dio vuelta tras vuelta de campana hasta que, en uno de esos giros imposibles de peonza enloquecida, la máquina escupió fuera del habitáculo a su único pasajero. Noventa metros recorrió Castellotti por el aire, sin rozar el suelo, hasta que cayó y se estrelló contra el asfalto. No sufrió, no sintió nada. Murió en el acto. Traumatismo craneoencefálico, dijeron los forenses; eso dijeron.

Pero no se asusten, no se preocupen, no tengan miedo. Así son las carreras y la vida sigue. Por eso ahora está abarrotada la piazza della Vittoria de Brescia, la plaza y todas sus calles adyacentes, y también otras muchas que están más alejadas, porque ¡esto está lleno de gente y hay que aprovechar el momento para hacer negocio, que la vida está dura, venimos de una guerra terrible, aunque ya hayan pasado más de diez años, y hay que luchar con uñas y dientes para esquivar el mordisco del hambre!

—Joven, cómprele usted un lazo a la bonita señorita que camina a su lado.

—Ay, sí, yo quiero uno.

La pareja va mal de dinero, pero hay tanto semidiós, tanto caballero andante alrededor, que el chico no puede permitirse el desprestigio de no complacer a su dama, y si esa noche, y quizá hasta varias noches, tiene que quedarse sin cenar, se apretará el cinturón y aguantará el tipo.

—Claro que sí, cariño. Elige el lazo que más te guste.

La Mille Miglia.

—¿Qué alguien sujete a ese perro, por Dios!

¿Sujetar a un perro? ¿Qué perro?

—Ese que está ladrando a los niños. Parece que está rabioso.

¿Rabioso?

Corren por todas partes, los perros y los niños, y si solo fueran los perros y los niños, pero también hay cerdos, mulas, gallinas, corderos, cabritillos y caballos campando a sus anchas por las calles de la ciudad, también en la piazza della Vittoria. Brescia es una tómbola y un circo y un espectáculo. ¡El mayor del mundo!

—¿Quién va a morir hoy?

El adivino niega con la cabeza. Aunque él sabe, por supuesto. Él sabe que habrá muertos, porque siempre o casi siempre los hay alrededor del espectáculo más salvaje de todos los tiempos: las carreras de automóviles que se hacen por carreteras pensadas para los humildes vehículos utilitarios.

—Nadie, no va a morir nadie. —Da un papirotazo la madre de un joven local al hombre pálido y agorero que ha hecho la pregunta.

La muerte está ahí, pero no es elegante hablar de ella. Se piensa, pero no se dice, aunque es el marco mágico y maravilloso que convierte la vida, hasta la vida más pequeña e insignificante, en algo enorme, maravilloso, lo más deseable e importante.

—Estoy vivo, estamos vivos.

Piensa en ello, acuérdate de ello y celébralo y sé feliz. Recuerda que cualquiera puede morir una vez que comience a subir y bajar la bandera a cuadros. Ya es medianoche y faltan menos de veinticuatro horas para que el alcalde de Brescia y apasionado del deporte del automóvil, Bruno Boni, dé la salida al primer competidor, que será el piloto italiano Remo Pola a los mandos de una *piccola* Fiat 600. Y a partir de ese momento saldrá un vehículo cada minuto, hasta trescientos diez de los trescientos no-

venta y uno originalmente inscritos. Más de quinientos contendientes, entre pilotos y copilotos.

Pero no solo los pilotos y los copilotos pueden sufrir un accidente. A cualquiera de los espectadores le puede pasar. Nadie está libre de peligro, nadie puede garantizar que seguirá vivo mañana, cuando acabe la carrera, porque, en las carreras de carretera, el público tampoco está a salvo. Estamos en 1957. No hay protecciones ni distancias de seguridad. Los pilotos apenas llevan un casco que diez lustros después no será aceptable ni para un ciclista dominguero. Solo un casco y una suerte de gafas protectoras, que parecen de buceador, para que las piedras que saltan desde el camino no les arranquen un ojo de cuajo.

Estamos en las Mil Millas.

Aún faltan muchas horas para que comience la carrera. La gente que no haya encontrado habitación en un hotel o en una casa o pensión dormirá en el suelo, de cualquiera manera, comiendo y bebiendo lo que pueda, para estar allí cuando el alcalde Bruno Boni agite la bandera de cuadros y comience a rodar el pequeño Fiat 600 de Remo Pola, al que le seguirán cada vez coches más potentes, animales salvajes y casi indomables; o indomables por completo. Bestias con corazones de hasta trescientos noventa caballos a 7.800 revoluciones por minuto. Todos esos *caballos* juntos listos para encabritarse y salir disparados a la velocidad de un cohete, haciendo un ruido tan ensordecedor que será imposible escuchar lo que esté diciendo, incluso gritando, la persona que esté a nuestro lado.

—Entonces, ¿tú por quién apuestas este año?

—¡Musso, Musso! ¡Yo apuesto por Luigi Musso!

«El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

Ya nadie se acuerda de Castellotti, aunque luego, algún día, escriban sobre él y se rueden películas, hoy en Italia el favo-

rito es Musso, el otro gran piloto nacional, aunque todavía no tiene en su palmarés la carrera de Brescia.

—Pero quedó tercero en 1954 y 1956.

—Cierto, muy cierto, por eso la mayoría de las apuestas se arraciman en torno a él.

—Quinientas liras por Musso.

—Yo también, yo también.

—A mí apúntame dos mil.

—¡Dos mil es mucho dinero! Tú sabes algo...

—Estáis mal informados todos, me temo —apacigua los nerviosos un hombre de aspecto tranquilo, podría ser alguno de los comisarios de la prueba—. Musso no corre.

—¿Cómo que no corre?

—No, está enfermo de fiebres tifoideas. Han tenido que buscar a otro para ponerse al volante de su Ferrari.

Entonces, ¿por quién apostar? ¿Quién es ese otro que ha elegido Il Commendatore Ferrari para que conduzca una de sus máquinas a la victoria? Tal vez Peter Collins, que va a llevar de copiloto al más famoso y audaz reportero de aventura del momento: Louis Klemantaski, de quien, sin duda, en el futuro se acabará diciendo que fue el pionero y creador de la fotografía en las carreras de motor. Porque no cualquiera, señoras y señores, se atreve a subirse al asiento del copiloto en un coche que alcanza los trescientos kilómetros por hora con una pesada cámara en la mano, dejando la posibilidad de no perder la vida en las manos de otro: el que lleva el volante.

—Que gane quien sea, pero que gane Ferrari.

—Pues yo apuesto...

Espera, espera, no te precipites. Aún quedan muchas horas para que empiece la carrera. La noche ha caído sobre Brescia y en los alrededores de la ciudad hay fogatas y baile y risa, cigarri-

llos infinitos y alcohol, mucho alcohol, aunque —según contará algún día la leyenda— entre los pilotos inscritos hay uno que solo bebe leche. Un popular aristócrata europeo que incluso cuando está en los clubs más desmadrados y divertidos del mundo, como El Elefante Blanco de París, solo bebe leche. Habrá quizá quien le reconozca ahora mientras atraviesa la piazza della Vittoria con su cazadora de cuero negro y unas gafas también negras protegiendo su mirada, a pesar de que ya la única luz es la de las farolas y las hogueras y el sol no regresará hasta mañana. No es tan popular en Italia como Musso o como lo fue Castellotti, aunque es gran amigo, íntimo, del primero, y lo fue aún más del segundo: cuya muerte aún no ha logrado asimilar del todo. Habían salido juntos tantas veces a cenar o de fiesta con sus respectivas parejas. Él es el piloto que ha elegido y fichado en persona el señor Ferrari para sustituir a Musso, aunque en Italia apenas sea conocido. Pero lo acabará siendo. Y precisamente lo logrará por haber sido el sustituto de Musso, Luigi Musso.

—Pues sus razones tendrá el Drake para haber elegido a quien sea, que don Enzo no es de esa clase de individuos que dan puntada sin hilo.

—Calla, escucha.

—¿Qué tengo que escuchar?

—A esa mujer, mira.

—¿Quién es? ¿Es famosa?

—Shhh, calla.

Indiscutiblemente la mujer es dueña de una voz prodigiosa. Pero no tiene aspecto de ser famosa. Solo la acompaña un guitarrista y el amplificador que utiliza no parece nada excepcional; sin embargo, es suficiente para acallar el murmullo de voces que hasta hace un instante reinaba a su alrededor.

Todos los megáfonos y voceadores profesionales han enmudecido. También ellos necesitan dar un descanso a su garganta áspera y enronquecida, a los pulmones exhaustos; hasta ellos callan y escuchan.

Incluso los perros han dejado de ladrar.

*Y vendrá la muerte
a buscar a los marcados
que tratarán de esconderse,
fingirse otros,
pero nada de lo que hagan
evitará que la parca
haga su trabajo.
Y yo me miro en tus ojos,
para que veas cómo te amo,
que daría por ti la vida
sin miedo ni dudar.
Abrázame y dame la mano,
soñemos que aún no ha llegado nuestro momento,
que aún somos inmortales
bajo este cielo estrellado.*

Es una canción extraña, pero obra su milagro y funciona como si fuera una nana capaz de apaciguar a toda la ciudad. Cuando acaba, todos los perros, y los otros animales, yacen inquietos y ovillados, los niños duermen y los pocos adultos que aún están despiertos permanecen callados.

Es la noche. Pronto, sin excepciones, todos caerán dormidos; y empezarán a soñar.

—¿A que no habías pensado nunca que en los sueños jamás muere nadie, que en los sueños puedes hablar con tu bisabuelo si ese es el capricho de tu cerebro?

—De qué cosas tan raras te gusta hablar.

—Y nadie se muere en un sueño, porque, si va a pasar, antes se despierta. Si las Mil Millas se corrieran en un sueño nadie moriría. A mí me parece terrible que por una competición haya gente que se juegue la vida, y no solo por competir. También ser espectador de una carrera como esta es demasiado peligroso.

—A nadie le obligan a correr, y mucho menos a asistir a la carrera como público.

—Eso es cierto, pero a mí me gustaría más que la muerte no estuviese siempre invitada a aparecer.

—Deja de pensar en esas cosas, y fíjate en ese tío. Creo que es uno de los pilotos.

—¿Quién? ¿El de la cazadora de cuero negra y las gafas oscuras? Se parece a James Dean.

—No sé, pero me suena, sí, será un piloto francés o inglés, o quizá el nuevo fichaje de don Enzo.

—¿El español?

—He oído que era campeón de algún otro deporte, no recuerdo cuál. Carreras de caballos o algo así. Y también que es barón o conde.

—Otro aristócrata. ¿Y tú crees que podría ganar la carrera?

—No sé, si es quien pensamos llevará el coche de Musso, que era el gran favorito.